

Mi abuelo Leopoldo Peniche Vallado

Concepción Peniche Rosas

Yo no quisiera ni debiera hablarles del escritor Leopoldo Peniche y de su prolífica obra, eso le corresponde a los especialistas en el tema, que por supuesto lo hacen mejor que yo. Yo les hablaré de una faceta de su vida que ustedes no tuvieron la dicha de conocer. A mí me corresponde hablar del ser humano, del abuelo.

Cada uno de los rincones de su casa nos invita a recordar su amorosa compañía, si esas piezas hablaran, les platicarían las tantas veces que nos vieron a don Leopoldo y a mí, sentados en el suelo de un rincón de la sala apilando carretes de hilo o construyendo una casa para mis muñecas.

Aquel señor con el que teníamos una cita cada semana, y con el que domingo a domingo nos reuníamos en torno a la mesa de su comedor. Él desde muy temprano ya tenía todo dispuesto esperando nuestra llegada. Primero platicaba con mi tío y mis papás sobre noticias y política, es decir, "cosas de adultos", acompañados de cervezas bien frías y chicharrón. Cuando los jóvenes y niños nos

sentábamos a la mesa la plática se tornaba despreocupada, él estaba al tanto de quiénes eran los finalistas del Festival OTI.

Polo, como cariñosamente nos referíamos a él, no era el típico abuelo anticuado que a la menor oportunidad aprovechaba para sermonear y convidar de su experiencia a sus nietos. ¡Para nada! Él nunca nos dejó sentir que era un hombre importante en el mundo de la cultura yucateca. Varias veces escuché en su "moderna consola" zarzuelas y en otras ocasiones me invitaba al Teatro del Seguro Social a presenciar la puesta de alguna zarzuela; me encantaba cuando las cantábamos juntos. Luego yo le ponía los últimos éxitos de Camilo Sesto. Nos dábamos a la tarea de discutir sobre quién era el mejor cantante de los artistas de moda y desde luego, que él no tenía el menor empacho en opinar al respecto.

Otro de nuestros temas favoritos eran las telenovelas, él siempre con sus puntos de vista muy atinados y respetuosos. Estaba siempre al día de

lo último en la televisión y en la música y créanme que sus comentarios siempre fueron de una persona de espíritu joven. Nunca se burló de las pláticas superficiales que acostumbran tener los jóvenes, al contrario, nos prestaba la misma atención que a los grandes.

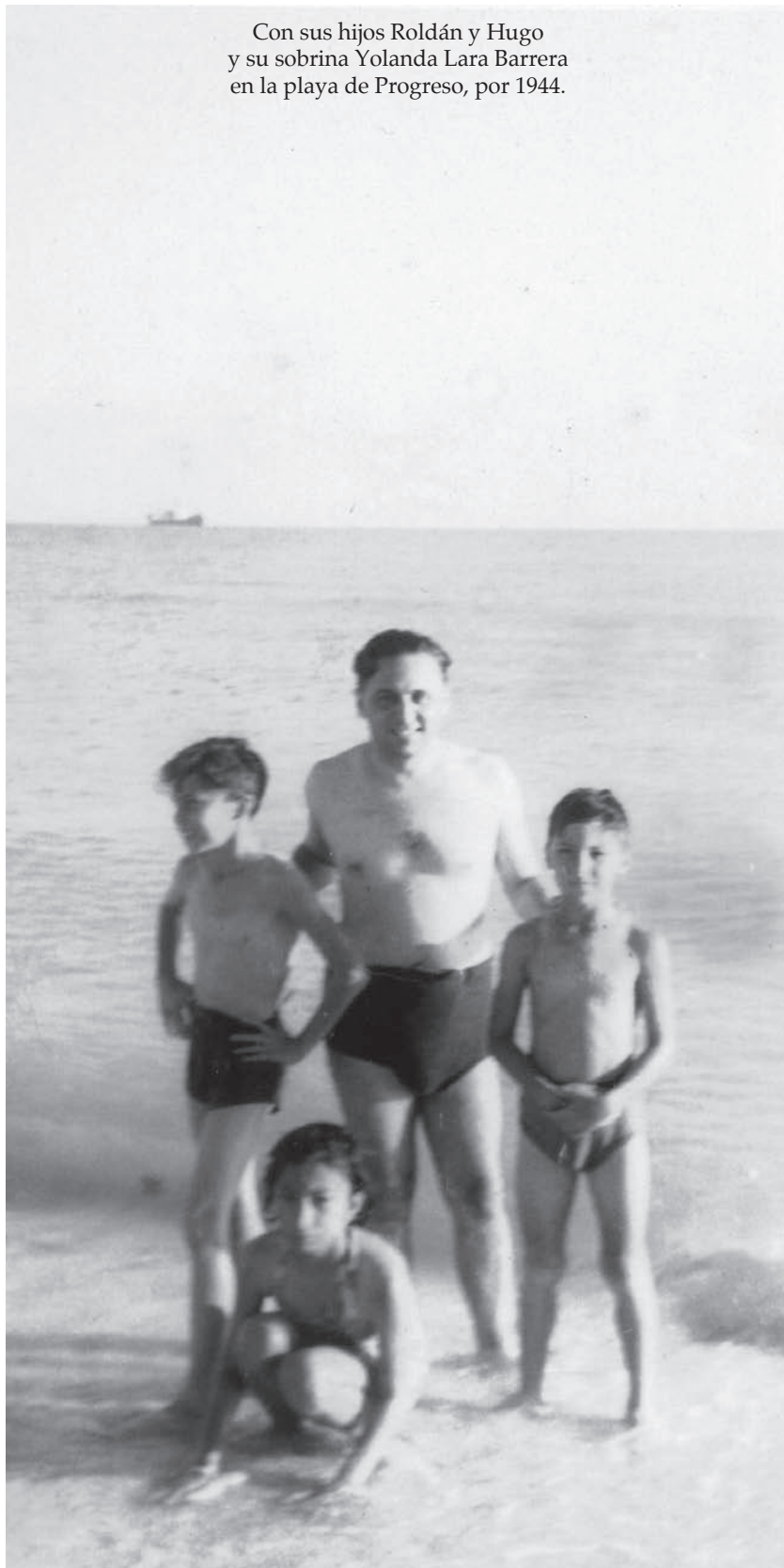
Desde luego, el abuelo no faltaba a su responsabilidad de proveer de la *gastada* a todos sus nietos. El dinero lo sacaba de una cajita de madera en forma de casita que tenía en su ropero. Al abrirlo, delante de la cajita tenía apilados los montones de monedas para cada uno de los nietos. Era un momento solemne seguirlo

hasta la recámara y ver cómo abría la puerta del estante y nos entregaba a cada uno nuestro domingo. Inmediatamente corríamos a la tienda a comprar dulces. Honestamente, el abuelo era espléndido porque con ese dinerito nos podíamos comprar varias golosinas además de las dichas papas fritas. Sin embargo, eso no lo eximía de *disparar* los helados, tal parece que nos encontrábamos agazapados en la pequeña terraza esperando escuchar el grito "¡Helados!", porque inmediatamente que lo oíamos corríamos a su lado diciendo: —Abuelo, ahí viene el heladero, —y él contestaba: —Pidan lo que quieran.

Con *Chel*, su gato consentido, en la sala de su casa (foto de Roger Campos, años ochenta).



Con sus hijos Roldán y Hugo
y su sobrina Yolanda Lara Barrera
en la playa de Progreso, por 1944.



El domingo más cercano a mi cumpleaños, no podía faltar mi guiso favorito: carne dulce, que mi abuelo indicaba que se preparara en mi honor. Eso sí, el domingo que preparaban calabacitas rellenas, a mí me dejaba simplemente el relleno, ya que era el único que me permitía no comer la calabaza, porque según yo me provocaba.

Es asombroso notar cómo cambian las dimensiones de las cosas al hacerse uno adulto. El patio de su casa siempre fue, para mis ojos de niña, una gran selva llena de peligros, de los cuales sólo mi abuelo podía defenderme cuando salía a acompañarlo a cepillarse los dientes.

En ocasiones cargábamos con las libretas para que con su ayuda y la de su gran biblioteca resolviera dudas y siempre contábamos con su disposición. Con la sutileza que le caracterizaba nos invitó a navegar por los libros y a interesarnos en la lectura. No importa qué leas, pero lee, nos decía. A pesar de ser una personalidad y que su biblioteca era algo así como un recinto sagrado, no ponía ni el menor reparo cuando nos apoderáramos de ella y la convertíamos en un salón de juegos. En ese sagrado lugar jugábamos a ser como él. Bajábamos sus libros, usábamos su máquina de escribir, sus hojas y sus plumas e inclusive escribíamos recados a máquina que le llevábamos hasta la mesa para que firmara. Nos adueñábamos de su



espacio. Un simple juego de niños del cual participaba gustoso.

Cuando mi hijo Carlos se unió a la comida de los domingos, aunque llorara o gritara como todo bebé, Polo siempre se refería a él diciendo: "¡Este niño no da problemas, hasta parece que no hay nené en la casa!". No cabe duda que era un abuelo fuera de serie.

Pocas semanas antes de su fallecimiento, lo visité acompañada de mis dos hijos, y le pedí que posara para una fotografías; accedió y posó como todo un profesional, definitivamente era un galán.

No puedo evitar recordarlo todos los días, simplemente al ver su escritorio que actualmente utilizan mis hijos para hacer su tarea; los miro trabajar en el escritorio que fue de Polo, y para mis adentros pienso, ¡qué hermoso sería que ustedes llegaran a ser tan inteligentes e importantes como mi abuelo, pero sobre todo tan sencillos y humanos como lo fue él!

En fin, gracias a Dios guardamos en nuestra memoria una infinidad de anécdotas a su lado, momentos que lo mantienen vivo entre nosotros y que nos recuerdan vivir de manera sencilla y en armonía con los demás.

Porque, si de abuelos se trata, Polo se cuece aparte, es el prototipo perfecto del abuelo. Cariñoso, espléndido, jovial, sencillo, consentidor, amable, paciente, auténtico. Siempre que acudo a eventos organizados en su honor



Con su esposa la señora Concepción Barrera de Peniche en Ciudad de México (años sesenta).

y escucho lo que otras personas, ajenas a la familia, opinan de él, me pregunto ¿habrá sido mejor escritor que abuelo? No creo, imagínense después de todo lo hermoso que opinan sobre el escritor, tengan por seguro que el abuelo es tres veces mejor que eso.

No cabe duda que Polo era un tipazo, y estoy segura que en este momento que me está viendo estará muy molesto conmigo, por todo lo que estoy escribiendo y publicando sobre su gran personalidad, cosa que para él no sería necesario. Era muy sencillo, nunca le gustó la parafernalia, las luces, las fotografías, prefería pasar desapercibido; decía que la máxima satisfacción la obtenía al ver representadas sus obras.

Me quedé debiéndole una, ya que en varias ocasiones me propuso actuar en alguna de ellas, desde aquel día que me vio participar en la obra de la secundaria quedó convencido de mis dizque "capacidades histriónicas". Desde luego, me miraba con ojos de abuelo orgulloso.

Gracias por recordar con tanto cariño a don Leopoldo Peniche Vallado, gracias por recordar su obra, por examinar una vez más la huella cultural que nos ha dejado, nos sentimos muy orgullosos de ser parte de la familia de este gran personaje.

La verdad sería poco sincero de nuestra parte decir que este sentido homenaje no se lo merece. Claro que te lo mereces, Polo, eres grande.

Recibiendo la Medalla Yucatán de manos de la gobernadora Dulce María Sauri Riancho en el Salón de la Historia (1993).

